



# La Ilusion

por Jesús Balmori

Bajo el blanco temblor de gasas y de encajes, parecía una flor.

¿Azahar? ¿Lirio? ¿Nardo?

El la vió a lo lejos, en las sombras de la luna y las bombillas de colores que fulguraban sobre el destechado salón del festival, al estruendo de los músicos metales que rugían como diablos un jazz sonoro.

Y se acercó a ella:

—¿Mascarita?

La mujer se volvió, en silencio, en pudores acaso.

—¿Tan bonita y tan sola?

—Ya lo vé usted.

—¿Se ha extraviado, por ventura, su galán?

—No.

—¿Entonces...?

—He venido sola al baile.

—¿Soltera?

—¡Quizás!

—¿Casada?

—Quizas.

—¿Viuda?

—Quizas.

—¿Esfinge?, misterio?, arcano?, imposible?

—Nada de eso.

—¿Puedo yo acompañarla?



# ROSITAS

TABACO PURO FILIPINO



Su exquisita  
limpieza agrada  
a todo el que  
los fuma.

Frescos, Fragantes,  
Precio Popular

30 por 10 centavos  
20 por 8 centavos



—Tanto honor...!  
—¿Me conoce usted?  
—¡Y usted a mí!  
—¿Quién soy yo?  
—Jacinto Alba.  
—¿Y usted?  
—¡La ilusión!

## II

Dos horas antes, en el lujoso comedor de su casa, Jacinto Alba y Angela Ventura, su mujer, convertían su hasta aquella noche apacible sobremesa en un campo de agramante.

—¿Te empeñas en ir solo al baile?  
—¡Sí, señora!  
—Dejándome sola para ir a divertirme tú, egoísta, cruel!  
—Nada de eso! Hay bailes en los que las señoras, fíjate que subrayo lo de señoras, no deben ir acompañadas del marido. Y uno de ellos es el baile de máscaras de esta noche.

—¿Y por qué vas tú?  
—Yo soy un caballero.  
—¿Y es diferente, no?  
—Muy diferente.  
—¿Pues sábes lo qué te digo?

—Dí lo que quieras.

Ella se levantó aporreando la mesa con sus manitas trémulas y haciendo caer, al golpe, una rosa deshojada.

—Que como vayas al baile tú, yo me largo a casa de papá; y no me vuelves a ver el pelo como no sea en un baile de esos de máscaras a los que no deben acudir señoras, fíjate bien que subrayo lo



de señoras, porque van los caballeros como tú, subrayando también los caballeros!

—¡Angela!  
—¡Lo que has oído!

Giró sobre sus talones leves y desapareció por el cortinaje de flores rojas, arrastrando al partir sus zapatillas como dos joyeles diminutos de oro.

Alba se alzó a su vez; encendió un cigarrillo; mandó a un criado por su sombrero, y vestido ya, bajó por las escaleras de la cocina al jardín, y de allí, en su coche, se dirigió a la fiesta.

Su mujer!... Pobrecita!, iba pensando. En dos años que llevaban unidos esta era la primera vez que tenía que representar semejante comedia! Pero, ¡bah!, alguna vez tenía que debutar él, y lo de esta noche, como debut, no había estado del todo mal! ¿Qué cumpliría su amenaza y se largaría a casa de su padre por unos días, unas horas acaso? Mejor para él! Ya estaba un poquito cansado de Angelita en dulce diariamente! Ya era hora de trocarla por un diablillo de la cáscara amarga!

## III

En un rincón apartado del salón, en las sombras de la luna y las bombillas de colores, después de bailar con ella y no separarse de ella ni un instante, se dejó ella besar los labios perfumados.

—¿Me amarás siempre, siempre?

—Te adoraré de hinojos como un esclavo a su princesa.

—¿Y tu mujer?

—¿Mi mujer? Mi mujer no es como tú, dulce, alada, divina! No tiene tus labios fragantes ni tus ojos hechiceros! ¿Por qué no te arrancas el antifáz y me dejas besar tus ojos?

—¿Porque temo perderte?

—¡Jamás!

Levantó sus finos y desnudos brazos y con ambas manos se quitó la venda de seda de rosa.

El pegó un salto atrás:

—¡Angela!... ¡Angela!... ¡Angela!...

Ella se llevó el índice a los labios:

—Chitz... No alborotes!... Yo no soy Angela, yo no soy mujer...

—Angela, perdón!...

—Yo soy la mariposa de oro y rosa que llaman ilusión los hombres como tú!